

II

Entre Longueville y Saint-Aubin, en el camino de Rouen á Dieppe, se encuentra la reducida aldea de Gravelle, un centenar de casitas blancas, con techos de paja ó tejas, agrupadas entre el follaje y por entre las cuales corre el delicioso riachuelo de la Scie. En la cúspide de una colina cubierta de hayas de ramaje negro, agitado por la brisa del mar, ostenta el castillo sus torrecillas de ladrillo, cerradas sobre una fachada bastante buena de estilo del Renacimiento, adornada de un monumental peristilo, desde donde, por la escalera de doble tramo, se baja á la terraza rodeada de lilas, en la que hay algunos cuadros de flores. Una inscripción, grabada sobre una lápida de mármol á la entrada del castillo, recuerda que Enrique IV durmió en Gravelle la noche de la batalla de Arques. Allí, según se dice, en un salón del piso bajo, sobre una mesa de marquetería italiana, preciosamente conservada, escribió el rey victorioso aquel célebre billete que decía: «Ahórcate, valiente Crillon, hemos vencido en Arques, y tú no has estado aquí.» A algunos centenares de metros de la cerca del parque, detrás de una hilera de álamos,

á la orilla del río, una herrería presenta sus paredes carcomidas por la humedad y ennegrecidas por el humo. Allí se lamina el cobre que sirve para forrar los cascos de los buques, se hacen las calderas para los barcos de vapor y se funden los tubos de las máquinas. Le Graudier, que así se llama esta herrería, es una dependencia de la posesión de Graville. El conde Bernard, que en 1814 dejó el servicio de la marina dinamarquesa, en el que había estado durante todo el periodo de la revolución, y el Imperio, fundó aquel taller para dar trabajo á los fieles servidores que habían compartido con él el destierro. El señor de Graville, muy al corriente de los descubrimientos científicos y previendo la transformación que el empleo del vapor tenía que hacer sufrir al material naval, agregó á la laminación en 1826 la fabricación de calderas, y estuvo en aptitud de suministrar á los constructores del Havre todos los aparatos que necesitaban.

El contraamaestre del taller era entonces un mocetón de treinta años, llamado Hérault, muy inteligente, pero sin instrucción ninguna. Tenía aptitudes extraordinarias para la mecánica, y no habiendo sentido la necesidad de saber leer, sólo había aprendido á dibujar. Era inventor de una válvula automática muy sencilla, que había proporcionado á su principal muchos pedidos. Fuerte y buen mozo era el coquito de las muchachas de Graville, y entre sus conquistas había tenido el honor de contar á la «señorita» del tío Gandon, el tabernero, á cuya casa iba á beber el aguardiente

de cidra, los domingos solamente, porque no se emborrachaba jamás entre semana, y pasaba por hombre arreglado. Fifina, como se llamaba familiarmente á la señorita Josefina, se había enamorado de Hérault, y todas las noches se les veía pasear juntos por el camino de Offranville, cerca de las esclusas de la Scie.

De esta amorosa intimidad había resultado un accidente, que enfureció al tío Gandon tanto como á Hérault. Normando egoísta y razonador, no pareció dispuesto, ni poco ni mucho, á reparar la falta cometida. No quería cargar con una mujer que tendría que llevar siempre á cuestas como un fardo. En sus sueños de ambición, el contraamaestre veía en el Havre, y tal vez en Paris, terrenos fértiles donde las ideas brotan y producen mucho. Economizaba desde hacia diez años para formarse un capitalito que le permitiera abordar los negocios y convertirse de obrero en patrón. Así, pues, dejaba á Fifina que se las compusiera como Dios le diese á entender, y para sustraerse á las recriminaciones del padre, dejó también de ir á la taberna.

Los mozos del país decían: «¡Qué bestia es Hérault en no casarse con la hija y la taberna de Gandon! ¡Allí un hombre sería muy feliz, bien alojado, bien comido y bien bebido por toda la vida!» No podían adivinar los proyectos de su camarada; sus miras eran demasiado altas para que pudiesen alcanzarlas. Y en interés de su porvenir, Hérault rompió resueltamente con todas las dulzuras del presente. No más amor libre y no más

borracheras. Se encerraba solo en su cuarto, y pasaba las noches trazando con hábil mano líneas sobre el papel. Iba ya á los alcances de un nuevo descubrimiento. Sin embargo, el azar, en el que había puesto toda su confianza, iba á imponerle la modificación de existencia á que tan rudamente se negaba, haciendo de su matrimonio con la hija de Gandon el primer escabel de su fortuna.

La señora de Gravelle, joven de veinticinco años, había tenido de su matrimonio con el conde Bernard un hijo delicado y enfermizo, con el cual Fifina, cuando iba al castillo, jugaba horas enteras dulce y complaciente. Presa de la desesperación al verse rechazada por Hérault y avergonzada de su maternidad, que ya era visible, la pobre muchacha había dejado de trabajar en casa de la señora de Gravelle, y el niño, privado de la compañera de sus juegos, la echó mucho de menos. La condesa se informó, conoció la aventura, y sabiendo que Hérault estaba empleado en el taller, se propuso obligarle á cumplir con su deber. La dama era elocuente y sobre todo rica, de suerte que un dote de tres mil francos, ofrecido con oportunidad, puso en tan perfecto equilibrio el amor y la ambición del contraamaestre, que al mes siguiente llevó á la hija de Gandon ante el alcalde de Saint-Aubin.

Al cabo de un año, dueño de un capital de seis mil francos, marido de una mujer activa y buena y padre de un robusto niño, á quien puso el nombre de Pedro, Hérault salió de Gravelle y se instaló en el Havre para explotar un generador de su in-

vención que debía transformar muy ventajosamente las calderas de vapor. El normando, ardiente para el trabajo y codicioso para el lucro, había sido marcado desde su nacimiento con el sello que distingue á los predestinados á triunfar en todas las empresas, porque diez años después estaba instalado en París, y poseía en San Dionisio un vasto establecimiento metalúrgico. La revolución de 1848, que causó tantas ruinas, fué para Hérault ocasión de fortuna. Aprovechando la enorme baja de la renta, empleó en fondos públicos todo el dinero que tenía disponible. En 1852, después del golpe de Estado, realizó su capital y lo empleó en terrenos en los Campos Eliseos. Aquel antiguo obrero, con una intuición superior de las necesidades de lujo de la clase media parisiense, había adivinado que el nuevo régimen iba á favorecer la construcción de palacios suntuosos, y que, gracias á esto, la especulación aumentaría mucho el valor del terreno. Al mismo tiempo que dividía en lotes los que había comprado alrededor del arco de triunfo de la Estrella, que debía vender á mil francos el metro, Hérault adquiría el hotel del Faubourg-Poissonnière, y se instalaba en él con su mujer y su hijo, que ya tenía veintiséis años.

Durante todo el Imperio los dos trabajaron sin descanso. Hérault (padre) no vivió más que para su industria, y la llevó al más alto grado de perfección. Sus inmensos talleres, donde hormigueaban mil ochocientos obreros en medio de un ruido infernal, eran una de las curiosidades de San Dionisio, y en la Exposición de 1867 el antiguo

contramaestre fué nombrado oficial de la Legión de Honor. Entonces comenzaron á fermentar en su cabeza pensamientos de ambición, muy naturales en quien había llegado tan alto por su actividad y su inteligencia. Hérault tuvo la ambición de querer tomar parte en el gobierno de su país. Hacerse elegir diputado por San Dionisio, era un juego para él, que sabía hablar su lenguaje á los obreros. Le bastaría manifestar su deseo para conseguir el éxito. Y entonces, ¿quién sabe? Quizás un ministerio: el de Trabajos públicos. ¡Y cuántas reformas útiles, cuántos reglamentos prácticos! Un socialismo sano, cuyo germen adivinaba en el soberano, y que debía asegurar al pueblo una era de trabajo fecunda en seguridad y en riqueza.

La guerra, estallando de repente, redujo á la nada estos admirables proyectos. El viejo Hérault, que creía en el triunfo de Francia, murió de la pena que le causó la invasión alemana. Aunque era un hombre fuerte, no pudo soportar la vista de sus talleres convertidos en parque de artillería y sus oficinas en ambulancias. Las altas chimeneas de la fundición, privadas de los negros penachos de la hulla, y el fuerte de la Briche, coronado por el blanco humo de la pólvora, le ofrecieron un espectáculo hartamente inesperado, y antes de la capitulación de París murió, dejando su fortuna á su viuda y su industria á su hijo Pedro.

Era éste por entonces hombre de cuarenta años. Había sido educado sin mimo, y bajo la mano dura del «patrón», como tenía la costumbre de llamar á su padre, había trabajado como el último de los

dependientes. Se contaba ya por millones el capital de la casa, y el viejo Hérault no había cambiado en nada sus costumbres de industrial de menor cuantía. A decir verdad, no sentía la necesidad de cambiarlas; no tenía caprichos, y se obstinaba en la persecución de la fortuna, más que por nada, por obedecer á su idea fija de adquirir. El y su mujer Josefina se levantaban á las cinco de la mañana en verano y á las seis en invierno, y se acostaban casi con el sol. Dos veces al año, el día del santo del amo y el de Pascua, tomaban un palco en el teatro, é iban á ver la obra más en boga.

Cuando en 1860 Pedro Hérault se casó con la hija de un rico fabricante de fideos, su padre no le dió dote, y exigió que habitara el piso segundo del hotel del Faubourg-Poissonnière. La existencia de esta familia alojada en aquella vasta vivienda, con cuatro criados, era todo lo más mezquina que se puede imaginar. Las dos señoras tenían cada cual su doncella. Una cocinera preparaba los platos que los dos matrimonios comían juntos, no en el espléndido comedor decorado con magníficas pinturas representando escenas mitológicas, sino en una pieza contigua á la cocina. El único criado varón era el cochero, que además de llevar á San Dionisio al padre y al hijo, cuidar el caballo y limpiar el coche, servía á la mesa.

Esta vida, á la que Pedro Hérault estaba acostumbrado desde su infancia, pareció pesada á su joven esposa. Salida de un convento, con una educación esmerada y con ideas sobre el mundo y la existencia, que no podían ser las de sus suegros,

sus quejas encontraron eco en el corazón de su marido. También Pedro, más instruido que su padre y con el espíritu abierto á los progresos sociales, padecía en aquella mediocridad. Conociendo la fortuna adquirida, puesto que él mismo hacía el inventario todos los años, lamentaba la parsimonia paterna, pero no se atrevía á protestar de ella. La libre disposición de su sueldo y de las rentas del dote de su mujer le hubiera permitido proporcionarse algunos placeres, pero temía las reprimendas del viejo. Y los años pasaban monotonos, sin incidentes, sin emociones en el trabajo siempre renovado y sin objeto, puesto que estaba prohibido gozar de aquella riqueza que aumentaba cada vez más.

La señora de Hérault, la madre, había encontrado un medio ingenioso y barato de ocupar la vida: se había entregado á la pasión de las flores. Su marido le había hecho construir en el fondo del jardín una estufa al mediodía, en el cual, con el cuidado y la paciencia de un aficionado holandés, cultivaba las especies más bellas y raras de flores. Por un rasgo de su carácter de aldeana, no había querido dedicarse únicamente á la parte frívola de la horticultura, y delante de la pared de su estufa había plantado cepas de viña que producían en Julio admirables racimos de uvas. Esta fruta, triunfalmente servida como postre á Hérault, era una compensación de los módicos gastos que hacía su mujer. Lo útil salvaba, á los ojos de aquel trabajador, lo frívolo de este pasatiempo.

La mujer del hijo, que no era aficionada á la

horticultura, se consolaba ocupándose apasionadamente de su hijo, al que engalanaba como al de un rey. No había nunca trajes bastante bordados, ni gorras con demasiados encajes para Luisito, delfín de la casa Hérault-Gandon, que tenía una firma reconocida como de primer orden en el Banco, y que seguramente no gastaba cincuenta mil francos al año para vivir en un hotel que había servido de teatro á las fiestas de la regencia. La joven aceptaba su mediocridad presente pensando en los esplendores que le ofrecía el porvenir. Demasiado buena para desear la muerte de su tiránico suegro, no podía, sin embargo, menos de pensar que no sería eterno, y comprendía que el día siguiente al del entierro todo tomaría en la casa un aspecto distinto. Pero el destino no le había reservado esta tardía satisfacción, porque murió dieciocho meses antes que su suegro, dejando á su marido viudo con un niño de seis años que educar.

Por fortuna, estaba allí la abuela que, sin vacilar, se consagró á su nieto, flor más tierna y delicada que las que había cultivado hasta entonces. Aquel vástago de una raza de obreros era endeble como si la savia se fuese debilitando poco á poco á medida que los descendientes se afinaban. Pedro era ya menos vigoroso y menos fuerte para el trabajo que el anciano Hérault, y Luis era todavía menos robusto que su padre. Las abuelas tienen generalmente para sus nietos una ternura más apasionada y más indulgente que para sus mismos hijos. Parece que el corazón de las gentes, como el vino generoso, mejora y se dulcifica con el tiem-

po. Quizás también el fin de la vida que ya ven próximo les hace apresurarse á gozar de sus efusiones, y los besos que dan son tan tiernos porque podrian ser los últimos. La buena señora manifestó á su nieto un amor exclusivo y violento, que le hacía poner el mundo á los pies de aquel chicuelo de ojos azules y rubios cabellos. En cuanto á Pedro Hérault le trató con singular indiferencia. Vivía con él en absoluta comunidad de ideas. Se limitaba á decir «muy bien» á todo cuanto él proponía, porque aquel antiguo esclavo se había metamorfoseado muy pronto en amo. Pero todos los cuidados, todas las atenciones, todos los pensamientos, todas las ilusiones eran para el niño.

Por otra parte, el padre no tenía ninguna necesidad de su madre. De la noche á la mañana se había convertido en «Hérault-Gandon» en lugar de su padre: era el hombre, el jefe y podía mandar. No dejó de hacerlo. En poco tiempo cambió el aspecto de la casa. No hacía seis meses que su fundador estaba en la tumba, cuando una turba de obreros invadió el hotel para volverlo al ser y estado en que lo dejó La Grimoniere, cuando las niñas de la Opera corrían con sus ligeros pies por las calles del jardín y se detenían en las grutas acompañadas de los Canillac y de los La Fare. Los maravillosos dorados del salón, deslucidos por un siglo de abandono, reaparecieron bajo la esponja de los pintores. Los pastores de encima de las puertas, limpios y barnizados, aparecieron otra vez en sus cuadros. Arrancando los papeles de una sala de billar se descubrieron admirables tapices de Beau-

vais, sobre los cuales habían pegado aquellos innobles estampados. Salieron de los graneros muebles que habían sido relegados allí con el desprecio para sustituirlos con el glorioso anacarado con bronce dorados del primer Imperio.

Hérault tuvo la suerte de encontrar un tapicero hombre de gusto que se esforzó en reconstituir un mobiliario digno del hotel. No hubo, pues, en los salones ninguna de esas tapicerías chillonas, ni esos pesados terciopelos de Génova que deshonraron el mobiliario del segundo Imperio. Sedas antiguas de tonos deliciosos cubrieron los muebles y adornaron las ventanas. La caja de la escalera fué decorada con cuatro soberbios tapices de Lebrun, representando las batallas de Alejandro. El pasamano de hierro forjado, ennegrecido por el tiempo, fué hábilmente dorado de nuevo. En algunos meses el hotel de Faubourg-Poissonnière tomó un aspecto de lujo en relación con la fortuna de los que lo habitaban. Se duplicó el número de criados. Cuatro caballos dieron animación á las cuadras, y las cocheras recibieron elegantes carruajes. Los gastos de la casa se triplicaron desde el primer año, pero aun así no consumían la cuarta parte de los ingresos.

Hérault, que había comenzado temblando estas restauraciones, y que al acometer la reforma de la casa pensaba: «veremos cómo marcha esto», vió con satisfacción que sus «locuras» eran, después de todo, muy razonables, y que, lejos de detenerse, podía seguir adelante. Nada fué más grato á aquel hombre, privado hasta entonces de todas las

30635

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

satisfacciones del lujo, que el gozar de todos sus refinamientos. Poco á poco se fué entregando á la molicie. Ya no se levantó al amanecer, como su padre le había acostumbrado. Perteneía á un círculo, y cuando trasnochaba, no podía menos de dormir por la mañana. Un subdirector y tres ingenieros habían sido encargados en los talleres del trabajo que su padre y él habían hecho cumplidamente durante tantos años. De este modo tuvo tiempo para aprovechar la existencia.

Después de un año de celibato halló en la orilla del mar una joven viuda, muy elegante y muy obsequiada, que le atrajo á su casa, y se encargó de completar su educación mundana. Allí encontró una sociedad de hombres y mujeres, cuyo único objeto era el placer. Con un poco de experiencia hubiera comprendido desde luego que si los hombres tenían un valer incontestable y una honradez perfecta, las mujeres eran casi todas de virtud dudosa y antecedentes equívocos. El no vió más que lo grato de la compañía y pagó espléndidamente el lujo costoso de la que le proporcionaba tantas satisfacciones. Si por un lado gastó más dinero, por otro ganó menos, porque en la industria nada reemplaza al ojo del amo. Pero se conformó fielmente á la moral de los filósofos mundanos que han decidido que, puesto que no se sabe lo que hay después de la muerte, el hombre prudente debe hacer la vida lo más agradable posible. Este materialismo elegante y disipador hubiera estremecido al viejo Hérault, que calificaba de prodigalidad todo gasto inútil. Pero mientras su

hijo daba aire al dinero, el creador de la fortuna dormía en el panteón de la familia.

Sin embargo, Pedro Hérault no era más que un vividor á medias, y si no continuaba la obra de su padre tampoco la comprometía. No se enriquecía, pero no se arruinaba. Se comía buenamente sus ingresos, y aunque parecía que tiraba la casa por la ventana, era aún bastante prudente. Su hijo Luis debía serlo menos. Dominado desde niño por el gusto del lujo, iba á realizar el verdadero vividor que no había podido ser su padre.

Desde que llegó á la edad de la razón, demostró una vocación marcada por todo lo que costaba dinero y un disgusto profundo por todo lo que lo producía. A los dieciocho años había sido imposible hacerle sufrir un solo examen, aunque era inteligente y habían sido necesarias muchas recomendaciones para hacerle admitir el voluntariado. La abuela, al ver marchar al adolescente que parecía una niña, y á quien en veinticuatro horas iban á transformar en húsar, lloró lágrimas más amargas que cuando perdió á su marido. Se paseó como un alma en pena por su gran casa, que le parecía vacía desde que Luis no estaba en ella, y hasta el cultivo de sus flores le fué indiferente. Al cabo de una semana no pudo aguantar más, y marchó á Evreux, donde estaba de guarnición el regimiento de su nieto y se instaló en la fonda.

Pero, aunque no tenía nada de exigente, se encontró allí tan mal que buscó en los alrededores una casa donde pudiera vivir cómodamente durante los doce meses que debía durar «el martirio del

niño». Pero la presencia de su abuela no convenía al nieto, que había encontrado en su regimiento alegres camaradas. Todos aquellos húsares, voluntarios de un año, eran gente de buen humor y en las horas que el servicio y la instrucción les dejaban libres habían organizado, entre diez ó doce de los más ricos, una especie de casino, donde fumaban, comían, bebían, jugaban y algo más que les hacía pasar agradablemente las horas. Algunas muchachas bastante bonitas, halladas en la población por aquellos sabuesos que prometían mucho para el porvenir, les ayudaban á pasar la vida y nunca fué menos urgente la presencia de una abuela, que pareció á Luis la de la suya.

Su primer impulso fué enviarla á París. Pero no se libra uno tan fácilmente de las personas que le aman. Por más que el húsar trató de explicar á la buena señora que estaba bien de salud, que todo iba perfectamente y que para nada la necesitaba, no pudo persuadirla de que ella no le necesitaba á él. Entonces se dedicó él también á buscar una residencia que no estuviera muy cerca de la ciudad, y descubrió un castillo delicioso situado en Boissise-le-Roy, entre los bosques de Pacy y Breteuil, á orillas del Eure. Su propietario consentía en alquilarlo por un año, y luego había posibilidad de comprarlo si convenía. El húsar, que tenía poca malicia, añadió que deseaba que la finca tuviese buenas estufas, cuya prueba de cariño arrancó lágrimas á su pobre abuela. Boissise está situado sobre una colina á tres leguas de Evreux. Desde las ventanas del castillo se veía la ciudad. Luis en-

señó á su abuela la veleta de la catedral, y la dijo:

—Desde aquí con un anteojo, verás el techo del cuartel; estaremos juntos, y al menos, vivirás al aire libre: con buenos caballos, en tres cuartos estarás en la ciudad, y los domingos te vendré á ver con mis amigos.

La señora de Hérault alquiló Boissise, llevó de París un cochero, sus carruajes, sus criados y los muebles necesarios para arreglar las habitaciones un poco desmanteladas del castillo, y acabó por encontrarse en él perfectamente. Las estufas le gustaron, tanto por sus antiguas aficiones, como por haberlas designado Luis como su ocupación en aquella temporada. El, entretanto, cercenaba todo lo que podía sus horas de servicio y de estudios militares, gracias á la complacencia de los sargentos, obsequiados continuamente con cigarros y dinero. Y los días de guarnición pasaban rápidos entre partidas de juegos y fiestas en el *Café de París*.

Había en la Boissise un vedado de caza y cuando llegó el mes de Agosto, Pedro Hérault, que durante seis meses se había hecho el sordo á las invitaciones de su madre, se decidió á ir. El país le pareció delicioso, y sintiendo repentina afición al campo y á los bosques, declaró que pasaría allí todo el otoño. Evreux estaba á dos horas de París, y, por lo tanto, encerrarse en Boissise no era irse al desierto. Se dispuso á vivir en grande, y produjo una agitación extremada en aquel apacible rincón de provincia. Aconteció que por sus relaciones de círculo conoció á algunos oficiales, y éstos llevaron á su casa el resto de la plana mayor, de suer-

te que en los salones de Boissise resonó á todas horas el ruido metálico de las espuelas.

Pero el elemento femenino, representado por la señora de Hérault, pareció insuficiente, y algunas invitaciones hábilmente repartidas, atrajeron allí á las esposas é hijas de los vecinos de las cercanías, con lo cual las recepciones de Boissise comenzaron á ofrecer un conjunto aceptable. La abuela gustó por su encantadora cordialidad, y el hijo por su sencillez. En cuanto al nieto estaba con más frecuencia en el castillo que en el cuartel, aunque algún tanto cohibido por la presencia de sus oficiales, por más que fuesen los invitados de su padre, porque el prestigio del galón adquirido en muchos meses de obediencia no se desvanece en algunas horas de familiaridad.

Pedro Hérault, que desde que apareció en el mundo elegante, había aprendido á montar á caballo, hubiera querido organizar cacerías en grande escala. El bosque abundaba en piezas propias para ello y el terreno arenoso se prestaba admirablemente; pero, además de que la estación no era favorable, faltaba jauría y hubo que contentarse con algunas cabalgatas, á que los oficiales de húsares daban una animación extraordinaria.

Luis, que era un jinete de primer orden, se mantenía sistemáticamente lejos de sus jefes en aquellas carreras en que le hubiera sido fácil triunfar, gracias á los caballos de pura sangre que montaba. Pero con un tacto exquisito evitaba hacer sombra á los que, corteses en Boissise, podían mostrarse severos en Evreux. Partía con todos con su uniforme

de simple soldado para no deslumbrar á ningún subteniente con la elegancia de su traje, y después de cinco minutos de galope dejaba al grueso de la cabalgata seguir su camino, y él se internaba en el bosque, donde se apeaba, y sentado á la sombra de los árboles pasaba largas horas contemplando el paisaje y descansando con delicia de los placeres agitados de su vida ordinaria. Aquella naturaleza dulce, tierna y un tanto indolente hubiera podido con facilidad encaminarse al bien. Hubiese bastado una influencia firme y constante para hacer de aquel muchachó de veinte años, ya impulsado por las malas compañías, un hombre agradable y bueno, en vez del calavera inútil para los demás y peligroso para sí mismo que prometía ser. Pero esta influencia, su abuela no tenía bastante autoridad intelectual rara ejercerla, y su padre estaba demasiado ocupado en desquitarse de sus forzosas austeridades de cuarenta años para dirigir con perseverancia otra existencia que la suya.

Un día, después de un almuerzo en las ruinas de una antigua abadía muy conocida de los arqueólogos con el nombre de Saint-Wulfrand, Luis se había separado de sus compañeros, y á eso de las cuatro de la tarde regresaba solo al paso de su caballo en dirección á Boissise. Todo el día le había preocupado una demanda de dinero bastante fuerte que tenía que hacer á su familia para pagar deudas de juego. Después de dar mil vueltas alrededor de su padre había decidido confiarse á su abuela. Iba con esta intención mordiendo un cigarro y pensando que sólo le faltaban dos meses para terminar su

servicio y volver á París á vivir alegremente, cuando al pasar por delante de un camino de travesía, oyó una voz clara que le llamaba. Se detuvo y vió á unos doscientos metros una persona que en pie al lado de un carruaje le hacía señas para que acudiese. Entró en el camino, en que el paso de las carretas cargadas de madera habían abierto profundos surcos, y en algunos segundos estuvo al lado del que pedía auxilio.

Este era un muchachuelo de unos catorce años, rubio, delgado, cargado de hombros, y vestido con una blusa de lienzo, un pantalón que le llegaba más abajo de la rodilla, polainas de cuero y un sombrero de fieltro gris. La *charrette* inglesa, tirada por una jaca, que había metido imprudentemente en aquel atolladero, había perdido una de las ruedas y estaba volcada en el barro. El muchacho había tratado en vano de levantarla, y en vista de que no podía conseguirlo, comenzaba á desenganchar la jaca, cuando apareció Luis en el sitio de la catástrofe.

—¡Eh, militar! ayúdeme usted un poco—exclamó con acento imperioso.—Yo no puedo levantar el carruaje ni desenganchar el caballo.

—Porque lo haces todo al revés—dijo Luis echando pie tierra.

—Veremos si usted que critica lo hace mejor—contestó el muchacho mirando al húsar con sonrisa burlona.

—No será muy difícil—contestó Luis tranquilamente.

Recogió la rueda que se había desprendido, vió

que no estaba rota, y cogiendo con las manos el extremo del eje, le sacó del bache. La jaca, que era pacífica y estaba cansada, no hizo ningún movimiento.

—Necesitaría algo para sostener el eje—dijo Luis.

Y reparando en un montón de leña seca, añadió:

—Tráeme esas ramas.

El chico cogió un haz de ramas y lo acercó, encorvado por el peso. El esfuerzo que tuvo que hacer fué causa de que se le cayese el sombrero, y Luis vió con asombro que los cabellos rubios del mocito estaban sujetos sobre su cabeza por una peineta de mujer. Recogió el sombrero que había rodado á sus pies, y dijo sonriendo é inclinándose ligeramente:

—Perdone usted, señorita. Si hubiera sabido con quién trataba, no me hubiese permitido hablarla con tanta familiaridad.

—Vaya, siga usted. Sin este estúpido sombrero no hubiera usted sospechado que yo soy una mujer. Supongamos que no se ha caído, y prosigamos nuestra tarea.

Luis metió el eje en el cubo, lo sujetó con la mitad de la clavija rota, y dijo después de hacer girar vigorosamente la rueda para asegurarse de que funcionaba bien:

—Ya está. Si usted quiere subir le acompañaré hasta salir al camino llano.

—No quisiera que se alejara usted del mío.

—Voy á Boissise, donde vivo.

—¿Entonces es usted Luisito Hérault?

Luis miró con sorpresa á la que le trataba con tan extraña confianza. La vió flaca, pálida, un poco contrahecha, de rostro enfermizo, en el que brillaban dos ojos grises chispeantes de malicia. No representaba más de quince años. Había cogido las riendas con sus manos secas y diáfnas, y procuraba arrear á la jaca, que no mostraba grandes deseos de emprender la marcha.

—Oiga usted, húsar—dijo la muchacha, dando á Luis la fusta,—dé usted un par de latigazos á mi caballo.

—Haré una cosa mejor—contestó Luis.

Y enrollando la rienda de su caballo al brazo izquierdo, empujó vigorosamente el ligero carruaje, y lo puso en movimiento. Los dos siguieron su marcha durante algunos minutos, y al llegar al camino transversal, dijo la joven:

—Ya estamos en el puerto. Ahora no me falta más que dar á usted las gracias por el favor...

—No vale la pena.

—Si; ha trabajado usted terriblemente. Pero... ¿qué no se hace por la hermosura? ¿No es verdad?—prosiguió con ironía.—Y la verdad es que ni siquiera me ha preguntado usted quién soy. No se pasa usted de galante.

—Soy discreto.

—O no tiene usted interés en volver á verme.

¡Lo comprendo!

Y en su rostro se dibujó una sonrisa de niña ya desilusionada.

—Pues no le vale á usted su reserva—continuó.

—Vivo á una legua de distancia de su casa de us-

ted, y me llamo Emilia... Mi padre es el señor de Lereboulley, el senador... un hombre grueso y muy amable, que acompaña siempre á una señora hermosa...

Luis miró con curiosidad á la joven.

—¿Su madre de usted?—preguntó.

Una nube pasó por la frente de Emilia, su fisonomía revistió cierta dureza, y dijo con voz ronca y temblorosa:

—¡Mi madre ha muerto!

Inclinó la cabeza en señal de despedida, y dando un latigazo á la jaca se alejó. Luis la siguió con la vista durante unos minutos asombrado de aquella mezcla de ironía y sensibilidad. Luego montó otra vez á caballo, y se encaminó á su casa.

El señor de Lereboulley era efectivamente muy amable. Los huéspedes de Boissise pudieron verlo al día siguiente que fué á dar las gracias por el servicio que Luis había prestado á su hija. Emilia no pareció. El senador, desde el primer día, se entendió admirablemente con Pedro Hérault. Los dos se reconocieron como formando parte de una especie de francmasonería del placer. Al cabo de algunas semanas eran dos compadres. Lereboulley, hombre de cincuenta años, alto y grueso, tenía el rostro afeitado como un cura. Hablaba fácilmente con acento normando bastante pronunciado. Desde hacía muchas generaciones, su familia tenía gran influencia en el departamento del Eure, y bajo el Imperio se había entablado una lucha memorable entre el padre del senador actual, abiertamente orleanista, y el prefecto, que era un majestuoso

funcionario de los más enérgicos. Los Lereboulley no fueron vencidos sino con gran trabajo. El departamento, colmado de favores, se dejó adormecer y triunfó el candidato del gobierno. Pero, bajo la República, Lereboulley recobró toda su fuerza y la ciudad de Evreux era su feudo. Había sido nombrado senador, uno de sus sobrinos era diputado, y con el escrutinio de lista eran poco menos que dueños del país. Lereboulley, persona de ideas profundas, bajo apariencias ligeras, era uno de los grandes hombres de negocios, con quienes la Bolsa se veía siempre obligada á contar. Gerente del Banco, administrador del Camino de Hierro del Mediodía, disfrutaba una posición excepcional bajo el punto de vista político y financiero.

Viudo, con una hija á quien adoraba tanto más tiernamente cuanto más trabajo le había costado educarla, no quiso nunca volver á casarse, aunque se vió muy solicitado. No pudo soportar la idea de dar madrastra á Emilia, débil y enfermiza, «Si tengo otros hijos, pensaba, vigorosos y sanos, mi pobre desgraciada se verá preterida, tal vez despreciada; no quiero que tenga rivales, ella será sola y soberana en mi casa». Y había resistido todas las insinuaciones que se le hacían para apoderarse de su mano derecha. El amor era su pecado, y como había dicho su hija, siempre se le veía acompañando á alguna mujer hermosa. El salón de la viuda que embellecía la vida de Pedro Hérault, ofrecía por su composición, grandes atractivos á esta mariposa senatorial, y la intimidad de los dos hombres se estrechó cada día más. Hicieron

juntos algunos negocios. Hérault tomó parte en diversas combinaciones financieras de Lereboulley, y Lereboulley creó una sociedad para explotar los talleres de Hérault.

Los hijos habían seguido el ejemplo de sus padres. Sincero y sólido afecto, sin miras de matrimonio, existía entre aquel guapo muchacho y la joven Emilia. Se habían sentido atraídos uno á otro; ella por el buen aspecto y la juvenil alegría de Luis, y él por la degradación física y la amarga concentración moral de la muchacha. Ofrecían entre sí el contraste más completo, y ésta fué la base indestructible de su amistad.

La señorita de Lereboulley, por otra parte, experimentaba un vivo placer en frecuentar la casa de Hérault, á causa de la abuela. Aquella niña, ávida de ternuras femeninas, adoptó á la anciana. Por ella modificaba sus arranques de muchacho, y se convertía en mujer. Ya era hora de que fuese voluntariamente á ocupar un puesto en el hogar, porque Luis, siguiendo el ejemplo de su padre, había levantado el vuelo, lanzándose á la gran vida. ¡Pero con qué superioridad en el arte de tirar el dinero por la ventana! Entre Hérault y su hijo había la misma diferencia que entre la diligencia y el camino de hierro. La una recorría tranquilamente sus tres leguas por hora envuelta en una honrada nube de polvo; el otro devora el espacio con un estrépito infernal envuelto en llamas y en humo. En tres años Luis había consumido la herencia de su madre, y se preparaba á enriquecer con su firma á todos los usureros de París, cuando

en cinco minutos un ataque de apoplejía le puso en posesión de la fortuna paterna. Al volver de una fiesta con Lereboulley, Hérault sintió la cabeza pesada. Se quejó á su criado de desvanecimientos, y al día siguiente le encontraron muerto en su cama.

La mañana del día en que delante de la puerta cochera del hotel Hérault-Gandon colgaban los paños mortuorios, dos horas antes de que el carro fúnebre llevara á su última morada al hijo del contraamaestre de la fundición de Graville; un carrretón de mano se detenía en aquel sitio y dos mozosdescargaban en la acera un modesto mobiliario. El portero les dijo con disgusto:

—¡Siento que vengan ustedes hoy!

—Es día 15—respondió uno de los mozos.—El muerto es el que no está en su derecho.

—¡Es el propietario!—interrumpió severamente el portero.

—¡Razón de más!—dijo el otro encogiéndose de hombros.—Un propietario que se va el día del vencimiento de los alquileres hace una tontería.

—Vamos, suban ustedes los muebles antes de que bajen el cadáver.

Y en tres viajes terminó la tarea.

A eso de las diez, cuando los parientes, los invitados y los obreros que acudían á los funerales llenaban la calle, una joven se adelantó por entre los grupos mirando al número de la puerta, como si los paños de luto hubieran desfigurado la casa en términos de que no la reconociera. Después de cerciorarse de que había llegado á su destino, hizo

un ligero movimiento de espanto, y luego, pasando gravemente al lado del catafalco, cubierto de ramos y coronas, cuyos perfumes, desarrollados por el calor de las luces, se esparcían violentamente en la atmósfera, dobló la rodilla, rezó una corta oración y se alejó. Era Elena de Graville, que en el momento en que Pedro Hérault salía de la casa acababa de entrar en ella.

No conocía ni siquiera de nombre á aquel hombre, á quien su abuela había hecho hijo legítimo por medio del casamiento de Fifina. La condesa había olvidado pronto el beneficio y á los que lo habían aprovechado. Su hijo había sucedido á su padre en la explotación de la finca y de los talleres. Contrajo matrimonio, y tuvo una hija: Elena. Por un contraste muy frecuente en este siglo de actividad febril y de lucha implacable, al mismo tiempo que aumentaba la fortuna del antiguo obrero disminuía la del que había sido su patrono, casi su amo. El Glaudier, dirigido por un gerente incapaz había costado dinero en lugar de producirlo, y hubo necesidad de vender aquel establecimiento que era una carga pesada. El señor de Graville, para ponerse á flote, intentó algunas especulaciones ventajosas, pero la guerra había dado un golpe funesto á sus empresas, y hacia 1875, la finca de Graville, abrumada de hipotecas, fué comprada á vil precio por un banquero de Dieppe.

El señor de Graville, calurosamente patrocinado por amigos influyentes, obtuvo una administración de Hacienda bajo el gobierno del mariscal MacMahon; pero arrastrado por el desastre del 16 de

Mayo, se encontró en París sin recursos y sin protectores. Desesperado por su caída, y no pudiendo acostumbrarse á la mediocridad, tomó el poco dinero que le quedaba y se embarcó para Tejas, resuelto á encontrar en aquel país, fecundo en riquezas y peligros, la muerte ó la fortuna rápida. La muerte fué más fácil de encontrar que la fortuna. El aventurero no había vuelto, y su viuda se veía obligada á buscar trabajo para vivir.

Elena, de edad de dieciséis años, había demostrado en circunstancias difíciles una admirable firmeza de carácter y una rara presencia de ánimo. Viendo á su madre abrumada por tantos infortunios, hizo ella por sí misma todas las reformas que exigía su nueva existencia. La única criada que las servía fué despedida y un cuartito de dos piezas en la calle de Clery reemplazó á la habitación en que hasta entonces habían vivido. En una tienda de modas halló trabajo, y desde la mañana á la noche cosía con una rapidez asombrosa. Aquella niña nacida para la riqueza, era una trabajadora intrépida, y el trabajo cundía en sus manos, como si un hada invisible la ayudase por misteriosos encantamientos. Su madre no sabía más que llorar su fortuna perdida y lamentar su triste porvenir. Elena decía sonriendo resignada:

—Verdaderamente nuestra suerte no es brillante; pero parecería envidiable á otros muchos. Los desgraciados deben mirar siempre abajo, y viendo otros más miserables, ven que no salen tan mal librados.

La madre replicaba:

—Eso es fácil para ti que aún eres una niña y desconoces la vida; pero yo que he conocido tiempos más prósperos, ¿cómo no he de quejarme? ¿Qué porvenir se me ofrece? Que tu caigas enferma y nos veamos sin recursos, porque yo dependo de ti.

La joven sonreía y contestaba moviendo gravemente la cabeza:

—En primer lugar, yo no quiero estar enferma.

—¡Tú no quieres!—decía la madre con desaliento.—¡Si bastase querer, qué fácil sería todo!

—Y basta, en efecto—repetía Elena con un ligero fruncimiento de cejas que daba á su rostro una singular expresión de energía.—Puede uno mucho por sí mismo, pero se necesita una voluntad de todos los instantes, no una voluntad de cinco minutos.

—¿De dónde sacas esa seguridad?—preguntaba la señora de Grville un tanto molesta por aquel optimismo ciego.

—No lo sé—decía cándidamente Elena.—Está dentro de mí. No puedo pensar de otro modo, y quiero proceder en conformidad con mis ideas.

—¡Quiero, quiero!—repetía la viuda con melancolía.—Hasta el rey dice: «Queremos.»

—¡Porque tiene ministros!—exclamaba Elena abrazando alegremente á su madre.—Pero yo no los tengo, y soy más libre que él.

Y volvía con nuevo ardor al trabajo.

La señora de Grville había tomado la costumbre de llamar á su hija la *Señorita quiero*. La reprendía dulcemente, pero en el fondo se sentía impresionada por la firmeza de aquella niña. Sentía pal-

pitara en ella un alma superior, y se abandonaba á su dirección con la confianza de los seres débiles. No tenía motivo para arrepentirse. En dos años su situación había mejorado hasta el punto de haber en la casa cierto bienestar. Las tiendas de modas para las que trabajaba procuraban atraerla. Más de una vez se la propuso que entrase como primera oficiala, pero este estado de semidomesticidad le disgustaba. Y además hubiera tenido que dejar todo el día sola á su madre. La viuda, ni moral ni físicamente podía soportar la soledad. Su salud quebrantada exigía la presencia de Elena. Sentada delante de su ventana, movía todo el día la aguja, oyendo subir hasta ella el murmullo de la calle. Por la noche encendía la luz, y en la pequeña habitación que las servía de comedor proseguía su trabajo. Su madre dormitaba sobre el folletín del periódico, y á las once se dejaba acostar y se dormía. Elena entonces se sentaba al lado de la cama y leía hasta ver enteramente dormida á su madre. La viuda solía decir en sus momentos de buen humor:

—Hemos trocado los papeles. Tú eres la madre. Yo soy una niña vieja que tuviste cuando eras pequeña.

Y era efectivamente una niña, á la cual era preciso sacrificar el presente y el porvenir. Si Elena hubiera tenido la libertad de sus acciones; si en lugar de verse sujeta hubiera sido ayudada, probablemente hubiese hecho fortuna en el comercio. Su actividad tranquila y la risueña confianza que manifestaba la hacían ganar todas las simpatías.

Al verla se comprendía que era alguien. Linda como era, no podía menos de gustar, y entre las proposiciones deshonrosas que se la dirigían recibió una formal y digna. El dueño de la gran tienda de lutos *La Siempreviva* se quiso casar con ella. Era un hombre de cuarenta años, bastante feo, pero muy inteligente y muy rico. Elena, á pesar de los consejos de su madre, que presentía un porvenir desahogado y tranquilo, rechazó aquel partido. Prefería permanecer soltera á casarse con un hombre á quien no amaba. Su madre tuvo un verdadero disgusto. El dueño de *La Siempreviva* le gustaba.

—Ya que tú no obedeces más que á tus caprichos —la decía— con él podrías satisfacerlos. Ese hombre sería tu esclavo.

—Valiente cosa, si me es indiferente. Yo no tengo gusto en hacer mi voluntad, sino por el bien de los que amo.

Así continuó la existencia de las dos mujeres durante tres años, exenta de preocupaciones y de acontecimientos, formada de días iguales unos á otros, ocupada por el trabajo y llena por el cariño. Una catástrofe rompió aquella feliz monotonía. La señora de Gravelle murió repentinamente á consecuencia de la rotura de una aneurisma, y sin preparación alguna Elena quedó sola en el mundo.

Durante una semana, la valiente joven estuvo anonadada. Su firme razón parecía desmayar. Su padre había muerto lejos de ella, y por mucho que sintiera su pérdida, el golpe no había sido tan directo como el que entonces sufría. La pobre mujer cerca de la cual había vivido desde su nacimiento

con una confianza absoluta le era arrebatada repentinamente. Todos los lazos de carne que unían aquella hija tan cariñosa á su madre se desgarraron, causándola un terrible dolor físico. En un instante Elena vió su porvenir como un abismo negro y vacío. Experimentó una sensación de vértigo, y permaneció solitaria llorando en su cuarto.

Pero aquel abandono de sí misma no debía ser de larga duración. Cuando la joven recobró el dominio de su espíritu no pudo soportar la existencia en la casa donde á todas horas buscaba á su madre. Y por este motivo entró enlutada en la del Faubourg-Poissonnière el mismo día en que Luis acompañaba á su padre al cementerio.

Hay secretas simpatías que nacen de una conjunción fortuita entre dos pensamientos alegres ó tristes. La ventana de Elena daba sobre el patio grande, y todos los días veía pasar al joven enlutado como ella. Esta identidad de situación moral; esta igualdad de desgracia entre el hijo de familia rica y la joven pobre, atrajo sobre Luis la atención simpática de la señorita de Graville. Era la primera vez de su vida que ponía los ojos en un hombre.

Durante los seis meses que siguieron á la muerte del señor de Hérault, la existencia de Luis fué la más regular del mundo. Parecía tocado de una gracia inesperada. Vivía al lado de su abuela, almorzaba con ella, iba á San Dionisio al gabinete de su padre, vigilaba los trabajos de la fábrica, volvía á comer y casi siempre pasaba la velada con la anciana y con Emilia Lereboulley, cada día más asidua y cariñosa con su amigo. Por la mañana y

por la tarde Elena, sentada delante de su ventana, veía á Luis. No sabía ni siquiera su nombre, porque para alquilar la habitación se había entendido con el administrador de los bienes de la familia Hérault. El tío Anselmo fué el que por casualidad le dió algunas noticias. Supo al mismo tiempo que el joven era muy rico y no demasiado juicioso.

La distancia entre la simple obrera y Luis Hérault era tan grande, que Elena se sintió tranquilizada, y se dejó llevar libremente del placer de pensar en aquel guapo muchacho que, al decir del portero, era un calavera. Sin embargo, este hombre debía exagerar grandemente, porque la existencia de Luis parecía ejemplar. Salía y volvía á las mismas horas, exacto como un reloj. Su aspecto era siempre dulce y triste, y nunca le abandonaba aquel aire afectuoso con que había nacido, y que, á pesar de sus defectos, le debía valer en la vida tantas simpatías y tanta indulgencia.

Durante los primeros meses de tristeza y de dolor había cumplido sinceramente el propósito de modificar sus costumbres y hacerse tan formal como hasta entonces había sido ligero. Tenía veintiséis años. ¿No se había divertido bastante, y no podía consagrarse á los negocios como hasta entonces se había consagrado á los placeres? ¿No era interesante dirigir la marcha de aquella gran fundición de San Dionisio, donde dos mil obreros trabajaban con fecunda actividad en medio de un ruido infernal? ¿No estaba interesado en diez empresas dirigidas por Lereboulley? Y su vida, ¿no sería enteramente absorbida por los cuidados de estos grandes

intereses? Bastaba querer, porque tenía bastante inteligencia para desempeñar su tarea. Los jefes de los diferentes servicios de la fábrica experimentaron al ver su celo un vivo movimiento de alegría creyendo haber recobrado un patrón. El empeño que pusieron en secundarle animó á Luis, y prolongó su buena resolución algo más que si hubiera estado entregado á si mismo. Al cabo de seis meses, cansado de trabajo y de reclusión, Luis reapareció en el círculo. Allí fué acogido con demostraciones afectuosas que le retuvieron, y solicitado en sentido contrario por el placer y el deber, se dejó arrastrar por lo que para él era más agradable.

Desde aquel día la señora de Hérault comió casi siempre sola con Emilia Lereboulley, y Elena no tuvo con tanta frecuencia ocasión de seguir con los ojos al joven á las mismas horas del día. La primera vez que no fué á comer, ella se olvidó de comer también. Inclinada sobre la repisa de la ventana, con la aguja olvidada en la falda, permaneció esperando oír los pasos sonoros que conocía desde lejos. Poco á poco se hizo de noche, los cristales del hotel se iluminaron, entró en el patio el carruaje de Emilia y luego comenzó en los corredores el movimiento del servicio. Dieron las ocho en la iglesia de San Eugenio, y con el corazón oprimido, Elena pensó: «¡No viene!» Exhaló un suspiro, y cerró la ventana, triste como si hubiera perdido un amigo.

III

La fiesta del conde Woreseff no defraudó las esperanzas que había hecho concebir. En el jardín del hotel de los Campos Eliseos, fantásticamente iluminado con luz eléctrica, circulaba una multitud alegre y animada en medio de una atmósfera embriagadora formada del perfume de las flores y del olor particular de las mujeres. Cercada de una triple fila de espectadores algunas parejas bailaban al son de la orquesta oculta en un tablado entre ramaje, que dejaba caer misteriosamente las ondas sonoras de la música. En la galería que rodea todo el primer piso se juntaban grupos que contemplaban el cuadro pintoresco formado por las intrigas que mezclaban los brillantes dominós de las damas con los fracs negros ó encarnados de los hombres. Dominando el ruido de los instrumentos se elevaba á veces el murmullo de las voces, y se oían sonoras y cristalinas risas, alegre sonata de aquella noche de placer. Por la escalera de madera tallada, espléndidamente decorada con cuadros de Baudry, subía una turba de curiosos, ávidos de visitar las lujosas habitaciones particulares del conde.

Todo estaba abierto en el hotel, maravilla de